

3. PLURAL



3. Rutas y retos para la transición en la era del colapso energético

¿Ciudades sostenibles, ciudades en transición?

Emilio Santiago Muñio

■ En el año 2017, albergando aproximadamente la mitad de la población mundial, las ciudades generan ya el 80% del PIB global, consumen entre el 60% y 80% de la energía, el 75% de los recursos naturales y son responsables de otro 75% de las emisiones de gases de efecto invernadero. Si las proyecciones demográficas a futuro se cumplen, hacia el año 2040 todas las regiones del mundo, incluida África, serán mayoritariamente urbanas. Por supuesto, “ciudad” no es sinónimo automático de “clase consumidora mundial” ni “alta calidad de vida”. Un tercio de los habitantes de las ciudades son pobres, y casi 900 millones de personas conforman la humanidad *slum*: habitantes del planeta de ciudades miseria que describió magistralmente Mike Davis.

Estos son algunos datos extraídos de un texto de Gary Gardner en el último “Informe sobre la Situación del Mundo” del World Watch Institute, dedicado a la sostenibilidad urbana (Gardner, 2016). Sirvan para ilustrar un punto de partida poco discutible: en términos sistémicos, la ciudad se ha impuesto. Si la ciudad sostenible de la era industrial es finalmente un oxímoron, entonces tendremos que aceptar también como irreversible el fracaso del patrón civilizatorio de la modernidad, pues ciudad y modernidad son dos realidades que han entrelazado sus destinos.

Si podemos hablar hoy de crisis civilizatoria es, entre otras variables, porque las ciudades, al menos tal y como hoy las conocemos, tienen los lustros contados. La razón es que están levantadas sobre la burbuja energética de los combustibles fósiles. Especialmente el petróleo. Un solo dato sirve para corroborar su corta esperanza de vida histórica: el 95% del transporte del mundo se mueve con petróleo. Que nuestras ciudades se hayan independizado del campo cercano y se hayan convertido en una trama unificada que se extiende por el mundo entero ha sido posible gracias a la lotería energética del petróleo. Pero el petróleo se enfrenta

a un horizonte de agotamiento inminente: el pico máximo de producción de crudo convencional ya lo hemos dejado atrás, en 2006, y el consumo petrolero mundial se mantiene gracias a la prórroga energética que están ofreciendo los petróleos no convencionales como el fracking. Un tiempo de descuento que será corto y a un altísimo coste: agravar el otro lado de la pinza perversa de los combustibles, que es el cambio climático que provoca su quema.

No existen alternativas energéticas con las prestaciones del petróleo. Los márgenes de posibilidad de una transición energética renovable es un tema que está propiciando un intenso debate científico. Véase por ejemplo la reciente polémica entre Antonio García Olivares, Pedro Prieto y Carlos de Castro ^{1/}. Pero existe ya cierto consenso en que un mundo

“No hay alternativas energéticas con las prestaciones del petróleo”

basado en energías renovables tiene que ser un mundo radicalmente distinto. Piénsese en que las energías renovables sólo producen electricidad, y nuestras sociedades son esencialmente no eléctricas. Piénsese que dependen de materiales que también son escasos y están en proceso acelerado de agotamiento. Y piénsese que ahora mismo son tecnologías energéticas subvencionadas por el petróleo. Un mundo 100% renovable será un mundo mucho más local, con vidas más sencillas, que ya no podrá crecer compulsivamente y con ciudades radicalmente transformadas, que deberán parecerse a las ciudades de finales del siglo XIX. Volver a vivir del sol exige volver a vivir con menos.

Por todo lo dicho hasta ahora, construir ciudades sostenibles es, exactamente el reto estratégico de nuestro tiempo. Quizá por ello el movimiento de las *Transition towns*, que nació en el mundo anglosajón hace diez años, ha generado unas expectativas inmensas. Su extensión ha sido viral. Hoy existen ya miles de iniciativas en transición por todo el mundo y unas 500 cuentan con apoyo de sus respectivos gobiernos locales. Sin embargo, la implantación real de las iniciativas y su nivel influencia son todavía modestos.

Los presupuestos de partida del movimiento son acertados: un mundo con menos energía es inevitable, y para prepararse es necesario desarrollar acciones colectivas locales en términos constructivos (organizar alternativas viables que den respuesta a problemáticas concretas) más que reivindicativos (movilización en pos de programas ideológicos). Su impulso fundamental es buscar el descenso creativo como tercera opción entre el colapso ambiental catastrófico al que apuntan los informes científicos y la

^{1/} Enlaces a los post de la polémica, así como un aporte personal de Antonio Turiel, puede encontrarse en: <http://crashoil.blogspot.com.es/2015/12/un-futuro-100-renovable-mi-cuarto.html>.

fantasía del crecimiento perpetuo que promueve la tecnolatría y la mercadolatría como religiones de sustitución. Y lo hace invocando la esperanza, sin establecer recetas ni

3. PLURAL

fórmulas cerradas y dejando el protagonismo de la iniciativa a la sociedad civil. Si la institución debe jugar un papel, que este sea de retaguardia: facilitar los cambios, pero no dirigirlos **2/**.

Resulta llamativa la proliferación de referencias elogiosas al movimiento de las localidades en transición en espacios tanto académicos como políticos, cuando su recorrido ha sido tan breve, y sus resultados todavía poco contrastables. La explicación es sencilla. Tras décadas de travesía por el desierto del “no hay alternativa” thatcheriano estamos desesperadamente sedientos de alternativas colectivas con una dimensión práctica real. En este contexto es normal que un movimiento emergente con este perfil, que además sabe mirar a los ojos al desafío de la crisis ecológica, haya generado más nombre que cambios efectivos. Pero hablando desde dentro, con la experiencia de formar parte de una iniciativa pionera en nuestro país, las localidades en transición son una buena idea que ha empezado a andar, pero que aún no está a la altura de su marca.

En nuestra experiencia activista hemos detectado, al menos, seis grandes retos teóricos y prácticos que deben sacudir los debates internos del movimiento en transición. Los cuatro primeros son propios y los dos últimos comunes a muchos movimientos sociales. Seis retos que dibujan los contornos de las decisiones estratégicas que marcarán su trayectoria futura:

● *La cuestión del capitalismo:* la insostenibilidad estructural de nuestro sistema económico no es un problema de escala, como presupone el movimiento en transición con sus llamamientos a la relocalización económica. La escala es más bien un síntoma, una manifestación de la dictadura estructural del capital en tanto que relación social tautológica, que persigue compulsivamente la valorización del valor. Como la palabra anticapitalismo puede despertar un amplio rechazo en la ciudadanía, motivado por prejuicios difíciles de desmontar, apartarla de la primera línea semántica del discurso puede ser un acierto comunicativo. Pero es un error teórico, que deja entrever sus consecuencias en algunos puntos ciegos de los análisis del movimiento: por ejemplo, sorprende la falta de problematización sobre el reformismo monetario y la creación de monedas sociales alternativas, una propuesta que ganaría consistencia relejendo las polémicas decimonónicas entre Marx y Proudhon sobre el dinero y la naturaleza del capitalismo como estructura de socialización.

● *La visión no conflictiva de la transición:* la axiomática inclusiva del movimiento reproduce tics ingenuos del socialismo utópico del XIX. La transición ecosocial no es un problema común, un asunto de interés general cuya resolución pueda pensarse sin

2/ Para una aproximación a los fundamentos del movimiento de las *Transition towns* véase Hopkins (2008) y Del Río (2015).

verse afectada por los antagonismos que desgarran nuestro sistema social. La transición será un proyecto que avanzará a través de las asimetrías de riqueza y poder vigentes, los intereses creados en su defensa o impugnación, y los diferendos ideológicos que estas suscitan. Por tanto se trata de un problema político, que inspirará planes colectivos incompatibles y conflicto. Además, el bloqueo energético del crecimiento económico agudizará la guerra social con especial virulencia, ya que la expansión de la riqueza ha sido históricamente un amortiguador de las tensiones entre clases y entre otros agregados sociológicos.

● *La necesidad de fomentar la redistribución de riqueza:* el movimiento nace desde una perspectiva de personas con ahorros. Su sujeto colectivo parece conformarlo gente capaz de emprender una aventura ecoempresarial en el pequeño comercio local. Sin embargo, la crisis civilizatoria en curso está manifestándose como un enorme y violento proceso de exclusión social. Si el movimiento en transición quiere ser un vector de emancipación tiene que izar la bandera del reparto de la riqueza. Esto tiene consecuencias en todos los planos, desde lo más micro, como evitar la mercantilización de sus actividades, hasta lo más macro, como problematizar, por ejemplo, que los logros en sostenibilidad urbana que persigue pueden ser un aliciente para generar procesos de gentrificación.

● *La miopía de la acción puramente local:* el enfoque localista del movimiento es un acierto, pues el descenso energético irá generando, progresivamente, un mundo mucho más local. Es en lo local, además, donde se darán la mayor parte de las oportunidades intersticiales que sirven para ampliar el campo de lo posible. Pero al mismo tiempo también es un error si se entiende de modo excluyente y se da la espalda a la intervención en espacios políticos más amplios. Al menos durante unas décadas decisivas para influir en lo que vendrá después, el marco del Estado-nación seguirá configurando el grueso de la realidad social municipal.

● *Las tentaciones de la autorreferencialidad y los espacios de confort:* la autorreferencialidad es un mal común de los movimientos sociales de nuestra época. Lo provoca la mezcla del exhibicionismo identitario que fomenta el marco cultural neoliberal y el repliegue sufrido por el proyecto emancipador tras su derrota en el siglo XX. En consecuencia, los movimientos sociales han rebajado el gran juego de la praxis, que antes aspiraba a la transformación del mundo, y hoy parece conformarse con jugar un solitario. Una adecuación a un espacio de confort histórico que admite dos formas. La primera,

3. PLURAL

la del gueto político: negarnos a trabajar en términos de mayorías por el empeño en demostrar, de modo poco útil, quiénes somos. La segunda, la de la terapia de grupo: la confusión de los cuidados interpersonales y la alegría comunitaria que emerge en los espacios de sociabilidad militante con el objetivo último de la militancia.

● *La inconsciencia sobre las condiciones sociológicas y materiales del activismo*: de nuevo, un vicio de época. El movimiento nace precavido ante la amenaza de que el activismo se convierta en una trituradora de activistas. Y contempla, entre sus principios, el “ir a ver el mar”: el activismo no puede ocuparte la totalidad de la vida, tienes que dejar espacios para tus amistades, tu familia y tus pasiones. Sin embargo, en la práctica, la carga de esfuerzo que supone involucrarse seriamente en una iniciativa en transición tiende a ser muy dura. En el siglo XXI, y en el ámbito de los países centrales, los movimientos sociales no son tanto aplastados por la represión como por su propio desgaste. Por cada compañera represaliada hay diez bajas promovidas por el cansancio. Para construir movimientos de mayorías necesitamos esquemas de autoorganización social compatibles con *esta vida adulta*. Con la precariedad y sus tiempos tan estresados, que se mezcla —en un cóctel explosivo— con expectativas vitales muy infladas. Necesitamos modelos de organización menos dependientes de formas participativas tan intensas, cuyo éxito exige la movilización total hasta la confusión del activismo con la biografía.

¿Y la retaguardia institucional? Contrariando las intenciones autogestionarias del movimiento, hoy las instituciones locales llevan realmente la delantera de la transición ecosocial urbana. Existe un auge de políticas municipales sostenibles que no viene necesariamente impulsado por un pujante movimiento de base. Las más de las veces responde a estrategias *top-down* facilitadas por un marco de gobernanza global que, para administrar el desastre ecológico en marcha, tiene que hacerse verde a su manera. Y en no pocas ocasiones la ecologización de la ciudad provoca importantes resistencias al cambio.

Ciudades de todo el mundo están inmersas en importantes procesos de mutación que buscan ecualizar el metabolismo urbano con parámetros de sostenibilidad: pliegos de licitación eléctrica 100% renovable; programas de tratamiento de residuos que buscan separar y compostar la materia orgánica; planes de movilidad y calidad del aire que limitan la presencia del automóvil privado y fomentan la bicicleta o el desplazamiento peatonal; proyectos de agricultura urbana y periurbana con un sentido productivo asociado a canales cortos de comercialización; monedas sociales diseñadas como una represa de la riqueza local, aunque funcionen mejor todavía como aglutinante simbólico que como

instrumento económico... Los ejemplos de buenas prácticas, de experimentos inspiradores con resultados interesantes, son muchos. Algunas de estas medidas son importantes, y deben ser celebradas. Aunque ninguna urbe del mundo puede considerarse sostenible, estas albergan ya formas embrionarias consolidadas que, en un contexto político y social más favorable, podrían abandonar la marginalidad y convertirse en instituciones vertebrales de otra ciudad para otra vida, como decían los situacionistas.

Pero hay que tomar precauciones, al menos en varios frentes. Lo más obvio: en el escenario de sobrepasamiento del presente, que exigiría un estado de emergencia ecológico, se está llegando tarde y aspirando a mucho menos de lo necesario. A su vez, toda una arquitectura de dominación geopolítica sustenta las experiencias de sostenibilidad más sofisticadas del Norte: el reverso de las Green Smart Cities europeas es la conversión de China en un gran taller dickensiano adicto a la quema de carbón. Por

“... la insostenibilidad estructural de nuestro sistema económico no es un problema de escala”

otro lado, cuando el desarrollo sostenible se ha convertido en un objetivo oficial de la gobernanza capitalista, toda ciudad que se precie quiere colgarse la medalla de la sostenibilidad. Hay más marketing verde que voluntad política dispuesta a modificar las estructuras sociales vigentes, y esto es evidentemente un problema grave.

Pero el campo de la acción tampoco está cerrado: si sabemos entender el cambio social más allá de la impugnación maximalista del todo o nada, nos podemos servir, tácticamente, de los discursos ecológicamente superficiales que ya son lugares comunes, y con ellos atrapar al poder local en compromisos que implican victorias estratégicas.

Con todo, sorprende que en nuestro país los llamados municipios del cambio no hayan apostado, de modo mucho más decidido, por la transición ecosocial como hoja de ruta de su estrategia política. Especialmente cuando existe un contexto internacional propicio para reescribir el paisaje urbano desde una retórica ecologista: piénsese en las oportunidades de inversión que va a facilitar el financiamiento climático. Se están dando pasos importantes, pero deshilvanados, sin generar un relato común. Las candidaturas municipalistas han asaltado el poder desde un impulso esencialmente reactivo. Han disputado elecciones contra los antiguos gestores, para detener el saqueo de lo público a manos de tramas mafiosas o asegurar el recate social y los derechos ciudadanos. Pero falta todavía una enunciación propositiva de un modelo de ciudad mejor, que sea capaz de seducir y ganar la batalla de los imaginarios sobre la vida buena. La transición ecosocial podría cumplir ese papel de tarea entusiasmante.

En cuanto a los límites de la transición ecosocial impulsada por los gobiernos locales, estos son los límites del municipalismo transformador

3. PLURAL

agravados por el analfabetismo ecológico imperante. Los gobiernos del cambio están operando apresados en una telaraña de inercias burocráticas de décadas, con una *res publica* local casi desmantelada por procesos de privatización criminales y ruinosos. Lo hacen además en situaciones de poder fragmentado, que intensifican la segmentación disfuncional a la que son proclives las administraciones. Y con un espacio de decisión muy angosto: en el Estado español los presupuestos de los ayuntamientos controlan menos del 15% de la riqueza pública. Además, su margen de acción se encuentra todavía más encorsetado por la intervención draconiana del Ministerio de Hacienda y las políticas de austeridad que abandera la Ley de Estabilidad Presupuestaria. Y desbordando esta circunstancia local, los ayuntamientos no dejan de ser la ramificación capilar de una esfera estatal que, como ha estudiado Robert Kurz, ha visto históricamente menoscabada su autonomía y su poder de regulación ante las presiones de un mercado internacional y un capitalismo ahogado en sus propias contradicciones (Kurz, 1994).

Dos son los terrenos en los que las ciudades en transición, tanto desde el frente de la ciudadanía organizada como desde el frente institucional, deben profundizar y obtener logros en un lapso de tiempo históricamente espectacular. Son los dos pies del caminar de ese ecosocialismo descalzo que invoca Jorge Riechmann. El primero es la gran clarificación: una operación masiva de ilustración ecológica que permita romper con la idea establecida de problema ambiental que hace que para la mayoría de la población el Ministerio de Economía sea infinitamente más importante que el Ministerio de Medio Ambiente. Un hito podría ser instaurar socialmente la creencia de que el problema ambiental por excelencia que va a vivir nuestro país en el corto plazo es, como afirma Antonio Turiel, el dilema de la invasión de Argelia para asegurar nuestro suministro de gas (Turiel, 2016). El segundo terreno de trabajo, profundamente conectado con el anterior, es el fomento de un movimiento masivo de autocontención y disfrute de la lujosa pobreza. Una conmoción cultural que sepa encontrar en el empobrecimiento energético y material en marcha una oportunidad para hacer florecer aspectos esenciales de una buena vida, rasgos de plenitud que hoy permanecen deprimidos bajo el dominio de ese automóvil sin frenos ni volante, solo acelerador, que imaginó Lewis Mumford como metáfora de nuestra civilización.

Emilio Santiago Muño es antropólogo social, Director de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Móstoles e impulsor de la Iniciativa Móstoles Ciudad en Transición.

Referencias

Del Río, J. (2015) *Guía del movimiento en transición*. Madrid: La Catarata.

Gardner, G. (2016) “Las ciudades del mundo en un vistazo”, en World

¿CIUDADES SOSTENIBLES, CIUDADES EN TRANSICIÓN?

- Watch Institute (2016) *La situación del mundo 2016. Ciudades Sostenible: del sueño a la acción*, Barcelona: Icaria.
- Hopkins, R. (2008) *The transition handbook: from the oil dependence to local resiliencie*. Vermont: Green Books.
- Kurz, R. (1994) *El fin de la política: tesis sobre la crisis del sistema de regulación de la forma mercancía*. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/194143309/Kurz-Robert-El-Fin-de-La-Politica-Robert-Kurz>.
- Turiel, A. (2016) *Tres preguntas*. Disponible en: <http://crashoil.blogspot.com.es/2016/09/tres-preguntas.html>.